

# AGRESION, CONFLICTO, VIOLENCIA Y PAZ

## Un discurso alrededor de la identidad y la diferencia

*Andrés Salcedo F.\**

*John Trujillo T.\*\**



**P**artiendo de la definición que nos dice que identidad significa pertenecer a y formar parte de, constatamos que ésta es un fenómeno social absolutamente dependiente de la relación con otros. A diario estamos provocando y estamos obligados a producir procesos identificatorios. Al dar nuestro nombre, estamos diciéndole a los demás quiénes somos; mostrando nuestra identificación, nuestra foto o las huellas digitales, estamos dando pruebas de nuestra existencia. Paralelamente, la identidad como necesidad imperante de

reafirmación no siempre es pacífica. La situación contemporánea del país, por ejemplo, nos muestra cómo la demanda de reconocimiento e identidad no siempre se da dentro de un ambiente de concordia y armonía. Por eso, el mayor reto que conlleva la construcción de identidades es poder aceptar, sin mayor problema, a quienes me incomodan e irritan por ser simplemente distintos a mí. En nuestro concepto, el conflicto no puede ser visto como algo "moralmente malo" sino como una característica más

en las relaciones sociales que ofrece oportunidades de transformación y cambio.

El presente texto intenta hacer una aproximación al tema de la identidad para reconocer, a través de una exploración específica del conflicto, como la situación contemporánea del país se representa en una realidad compleja y difícil de entender, no a través de simples imaginarios e ideales particulares que pretenden mostrar como algo sencillo la salida de la situación de violencia del país,

---

\* Antropólogo, Investigador del Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP.

\*\* Antropólogo, Investigador del Centro de Estudios Sociales, CES, de la Universidad Nacional de Colombia. Docente catedrático de la Universidad Central y la Escuela Colombiana de Ingeniería.

sino abordando en una dimensión amplia el evento.

El argumento se concentra en desglosar los ítems tocados en el título del artículo, mostrando la vinculación que existe entre ellos para ir estableciendo la relación y la importancia que tiene la construcción de la identidad y las identidades como unidades que se sustentan en las diferencias propias de los individuos, las comunidades o los grupos sociales existentes en Colombia.

## Agresividad, guerra y ley

La agresión es parte constitutiva de la conducta humana y junto con el narcisismo, es uno de los procesos identificatorios más tempranos en el ser humano. Sin embargo, los teóricos se debaten entre los postulados que consideran la agresividad como una pulsión natural en el hombre, como una reacción que sirve para mantener y equilibrar los sistemas sociales. También es concebida como una estrategia de adaptación ecológica. Paul Heelas, a partir del cuestionamiento sobre si la agresión y la violencia siguen las leyes de la naturaleza o las reglas de la cultura, o si ambas están involucradas mediante procesos diferenciados en una evolución coadaptativa biocultural, concluye que existe suficiente evidencia para sostener que los procesos endógenos en ciertas condiciones, o los exógenos en otras, o su combinación, pueden explicar manifestaciones particulares de

agresividad. Aclara su posición explicando que esto no quiere decir que ambos operen en todos los casos de manifestaciones agresivas, ya que las evidencias etnográficas y las psicológicas muestran que la agresión y la violencia pueden seguir la cultura y la naturaleza, de manera que lo que la agresión puede deber a la naturaleza es oscurecido por lo que debe a la cultura. Existe pues, apunta Heelas, un largo camino para establecer cómo ocurren adaptaciones bioculturales en contextos socioculturales muy diversificados (Heelas, 1983)<sup>1</sup>. En últimas, la naturaleza provee a los hombres de los mecanismos neurofisiológicos que les permiten hacer catarsis y descargar frustraciones. La cultura, a su vez, socializa a sus miembros en los usos de las armas del conflicto y en los valores asociados a la agresión.

En todas las etapas de la evolución, la agresión fue una estrategia necesaria para que el hombre que dependía de la percepción oportuna de los enemigos y de sus presas pudiera sobrevivir. De esta manera, las jornadas de caza en las praderas consistían en enfrentar y derrotar a la presa a través de la canalización de las energías propias en procura del objetivo buscado. La agresión, en este caso, se convertía en el

dispositivo de conducta para confrontar el reto establecido por la necesidad. En la especie humana, la posibilidad de confrontar el medio circundante entre los grupos primitivos, los llevó a sobrevivir en un mundo competido, donde la consecución de los alimentos dependía, igualmente, de la habilidad para derrotar otros grupos interesados en dichos recursos escasos.

Cuando la llamada revolución agrícola hizo su aparición, permitió a los hombres dejar de perseguir a sus presas y empezar a depender más de las cosechas de alimentos cultivados y de la consecución de más y mejores semillas, lo que se sujetaba al lugar donde estuviera presente cada grupo que manejara las técnicas agrícolas. Así, la conducta agresiva comienza a ser canalizada por medio del sacrificio de animales, según Girard, y su fuerza y energía empleada en la ejecución de actividades diarias tales como el mismo trabajo agrícola y la realización de competencias físicas. Paul Bohannon, plantea que así como es imposible pensar en una sociedad sin manifestaciones de agresión, también es inconcebible la supervivencia de una sociedad que no cuente con mecanismos de control de las mismas. Propone dos formas básicas de resolución de conflictos: la aparición de la ley y la guerra.

En occidente, la ley y las instituciones jurídicas reemplazaron las contiendas, los duelos, las disputas y los torneos a muerte. Por medio del llamado "proceso

<sup>1</sup> El debate sobre la agresión desde la propia definición del término ha sido ampliamente abordado por las ciencias tanto de la conducta como de la sociedad. Para profundizar en el tema se pueden consultar autores como Erich Fromm, 1975; A. Reiss y J. Rth, 1993; Heelas, 1983, Berkowitz, 1994; M. Jimeno, Y. Roldán y otros, 1996.

de civilización" todos estos impulsos, manifestaciones de fuerza y lucha fueron controlados por formas y pautas morales de cómo hacer las cosas y cómo comportarse. Como dice Salvador Giner *el civismo es el arte de dirimir conflictos públicos o de vivirlos sin optar por la violencia*. Esta erradicación o suplantación de la violencia por la ciudadanía parece ser una solución inevitable de los problemas que supone la coexistencia pacífica en sociedades crecientemente complejas. Por otro lado, el uso de la amenaza de la sanción por parte del Derecho, y el monopolio de la legalidad por parte del Estado, hicieron que en occidente se quisieran gestionar los conflictos en el marco de la ley. En la actualidad dicho proyecto de obediencia hacia lo jurídico formal está en entredicho en muchos países como el nuestro, donde una abrumadora mayoría de los conflictos se sigue resolviendo al margen de la ley y las demandas no encuentran una respuesta en el Estado y son resueltas en el ámbito interpersonal de las propias comunidades. En el mundo de hoy y de las grandes ciudades tenemos, por un lado, una enorme constelación de reivindicaciones de personalidad, identidad, autonomía y libertad enmarcadas dentro de movimientos políticos y sociales, pero por otro lado, una serie de violencias desatadas por numerosas causas que van desde la intolerancia y el fanatismo hasta el problema creciente de la violencia criminal y la inseguridad. Y así como la competencia entre miembros de sociedades tradicionales se basaba en la fuerza y la destreza, en la guerra hoy en

día el hombre se enfrenta a la competencia de méritos y habilidades en campos como el manejo de información y las tecnologías.

## Conflicto y pérdida de identidad

En toda relación o interacción humana hay por lo menos dos perspectivas o actores con intereses diferentes que actúan individual o colectivamente, activa o pasivamente en la relación. Este sería el marco del conflicto, que resulta ser una condición propia de la interacción humana. La no correspondencia entre lo que sucede y lo que se espera que suceda cuando dos o más personas se encuentran, produce el conflicto, ya que alguna de las partes se resiste a aceptar los términos en los que está planteada la relación. Esas diferencias no son gratuitas, no surgen de la nada, las diferencias se constituyen socialmente a nivel individual a través de los procesos de desarrollo cognitivo y crianza y también a nivel colectivo por medio de la socialización y participación dentro de las convicciones, valores y obligaciones de conglomerados sociales más grandes. El contacto entre sujetos está mediado por la imagen que nos ofrecemos a nosotros mismos, la imagen que les ofrecemos a los demás y la imagen conforme a la cual queremos ser considerados y reconocidos. Dicho juego de imágenes puede no corresponder con las expectativas de individuos y grupos, por lo cual surgen actitudes normales de confrontación. Para que haya conflicto y

afloren las tensiones sólo se requiere que las expectativas, las necesidades y las ideas entre personas sean opuestas. Algunas veces, se produce una escalada del conflicto, en el cual es imposible llegar a un acuerdo; las partes se obstinan en sus puntos de vista, hacen alarde de poder, empiezan a competir entre ellas y *sienten la tentación cada vez mayor de pasar a la acción a fin de tener más influencia sobre el adversario* (Spillman Kurt y Kati Spellman, 1991). Este paso del desacuerdo al uso de la acción y la fuerza es lo que transforma el conflicto en algo más, donde el adversario se convierte en enemigo.

A pesar de que es imposible hablar de ese "algo más" como violencia sin referirla al contexto específico en el cual se produce, se puede afirmar que es un modo de interacción que implica acción, en el cual existe la oportunidad de usar la fuerza física. Como lo dice Roberto DaMatta, la violencia puede ser una acción directa que rompe las barreras de las costumbres, las normas legales y la mediación. En ella pueden estar contenidos la intención de hacerle daño al contrincante convertido en enemigo; la finalidad de reparar y vengar perjuicios; el objetivo de protestar por condiciones de injusticia o la demanda de reconocimiento por parte de las instituciones, el Estado o la sociedad mayor, en general. En este último punto, la violencia sería una manera de reconstruir y replantear identidades que han sido invisibilizadas o desconocidas. Una persona o un segmento social que ha sido disminuido o maltratado puede recurrir a la violencia con el ánimo de

hacerse sentir y reclamar un trato más igualitario. Pero, por otro lado, es el rechazo del Estado y de las instituciones abstractas, como las llama Anthony Giddens, como espacios públicos destinados para la resolución de los conflictos.

En síntesis, el conflicto se constituye como algo cotidiano, se da tanto entre aquellas personas y grupos que se reconocen con alguna familiaridad, como entre los extraños y puede, eventualmente, conducir a acciones de violencia entre las partes confrontadas. En el fondo, en ambos casos cada parte es singular, condición que de antemano plantea un espacio potencial de confrontación.

En nuestro país, dice Fernán González (1993), las funciones de protección, reconocimiento y control que ejercían grupos reducidos y endógenos tales como los clanes familiares, las comunidades rurales, los latifundios y los grupos étnicos pasaron a ser ejecutadas por agrupaciones estatales centralizadas que no han podido ganarse la confianza y la credibilidad de las personas. Los individuos se ven profundamente afectados en su seguridad básica y, sobre todo, en su cohesión interna que es la base de la identidad como mecanismo de protección y, por consiguiente optan fácilmente por las opciones violentas que le dan un salida eficaz y directa a los problemas.

La identidad aparece como el valuarte tras el cual se esconde la unidad de una

comunidad. La identidad surge desde el momento en que se presentan elementos aglutinantes entre diferentes personas, elementos que casi siempre giran alrededor de aspectos generales como la religión, el territorio, la propiedad o la economía. Podemos plantear que, entre otros aspectos, la identidad de manera tradicional entre las ciencias sociales surge como consecuencia de una serie de parámetros concretos<sup>2</sup>: En primer lugar, se basaría en una conciencia compartida, una conciencia grupal donde hay un reconocimiento global de la propia particularidad. Para el caso de cualquier nacional el reconocerse como tal en cualquier parte; el caso de un colombiano quien se reconoce a sí mismo como colombiano desde el momento en que hay un grupo mayor que identifica a sus miembros como tales. En segundo término, hay una autorrepresentación y autovaloración particulares; de este modo los individuos que se identifican como similares bajo ciertos parámetros, establecen símbolos externos e internos que les permiten ser reconocidos por los

demás, a la vez que establecen un valor particular de lo que son ellos mismos. Los símbolos que ayudan a constituir la representación y la valoración deben ser tales que de manera permanente estén reafirmando los límites del grupo y la pertenencia de sus miembros a él; a este nivel los elementos que con mayor frecuencia aparecen son la bandera y el himno de cada nación o de cada región reconocida. La identidad grupal adicionalmente aparece como independiente de la voluntad; tenemos entonces que el simple hecho de haber nacido en un lugar concreto y ser hijo de miembros de la comunidad ligada a un lugar específico me hace parte del mismo conglomerado. En adelante lo que aprenda y se me enseñe se corresponderá con esa sociedad a la cual empiezo a pertenecer de manera involuntaria, pero que está regulada por unas condiciones que hacen que cada grupo humano reconozca a sus descendientes como parte de la misma entidad. Por último, de

<sup>2</sup> El concepto identidad es aclarado por Jairo Muñoz (1990) al ser tomado en el sentido delimitado de identidad cultural. Aquél, dice Muñoz, es de uso reciente; apareció y se extendió con la descolonización de Asia y Africa, después de la segunda guerra mundial y luego se aplicó a América Latina. Los pueblos tercermundistas, que entraron en ese proceso de descolonización y alcanzaron una independencia política, sintieron la necesidad de encontrar las raíces de sus culturas de origen que habían sido sometidas, despreciadas o rotas por la actitud colonialista occidental. Ése ir a las raíces y tomar conciencia de sus propios

valores condujo a estos pueblos a exaltar sus peculiaridades y a intentar recuperar sus tradiciones y expresiones culturales marginadas u olvidadas por siglos de sometimiento económico, político y cultural. De ahí nació el concepto de identidad cultural, es decir, *la conciencia compartida por los miembros de una sociedad que se consideran en posesión de características o elementos que los hacen percibirse como distintos de otros grupos, dueños, a su vez, de fisonomías propias* (L.M. Portilla en mención de J. Muñoz. Antropología y culturas en peligro. En: América Indígena. S.I., vol.35, N°1, 1975, p.15.)



manera ligada a la anterior anotación, tenemos que la identidad es tal, en la medida en la que haya otro u otros grupos que reconocen el nuestro como diferente o como particular. Son los otros grupos los que le dan el sentido a la identidad de lo propio, no basta el deseo de considerarse singular y diferente, para ser reconocido como tal, es necesario que grupos ajenos a mi construcción particular reconozcan aquella construcción como única.

En un estado por lo regular existen diferentes grupos étnicos, cada uno de los cuales puede tener una identidad propia que gira sobre unas tradiciones, una religión, un idioma o dialecto, unas creencias, un quehacer político, pero también existen otros grupos que sin ser étnicos, se identifican por necesidades, requerimientos o intereses inmediatos como un espacio, una relación económica o unas expectativas políticas. En esta medida, alrededor de estos grupos no podemos hablar de la posesión de una identidad, pero sí podemos pensar que se trata de grupos que se identifican por intereses particulares y propios más o menos homogéneos entre sus integrantes.

Efectivamente, la identidad como conciencia compartida no es otra cosa que el reconocimiento del propio ser

tanto al interior del grupo como hacia al exterior. A través de la autorrepresentación y la autovaloración particulares, los individuos se identifican como similares bajo ciertos parámetros, establecen símbolos externos e internos que les permiten ser reconocidos por los demás, a la vez que establecen un valor particular de lo que son ellos mismos. Los símbolos y emblemas que ayudan a constituir la cohesión de grupo deben ser tales que de manera permanente estén reafirmando los límites del grupo y el sentido de pertenencia de sus miembros al mismo.

Dentro de las sociedades pre-modernas los atributos de la identidad se imponían externamente y se definían territorialmente. Ser alguien en algunos contextos tradicionales, significaba tener una posición y un rol social predefinido, al igual que unas orientaciones culturales esperadas dentro del grupo. Ser uno mismo implicaba ser como el grupo lo exigía con toda la aceptación y el reconocimiento que conllevaba comportarse según lo esperado o con todo el rechazo e indiferencia que implicaba la transgresión de las normas de conveniencia.

La formación de identidad en el mundo moderno, en cambio, es descentrada y múltiple en la medida en que los

individuos se mueven por fuera de los grupos de control tradicionales y entre las diversas esferas de la vida social. El sistema mundial ofrece en la actualidad la libertad de cambiar y escoger identidades a través de la búsqueda de raíces y apoyo en movimientos ecológicos, étnicos y en nuevos nacionalismos.

Cuando se ha perdido la cohesión tangible y familiar, la identidad se convierte en búsqueda permanente reconstruida a partir de ciertos modelos de identificación compartidos, contenidos, cada vez más, en las imágenes de la televisión y en los productos de consumo. Es así como las fantasías colectivas del mundo de hoy pasan a ser una ficción de identidad hecha de estilos de vida riesgosos y héroes intrépidos y violentos.

La violencia, al ser mirada como una categoría, está dada en términos de acciones extremas que son el resultado de una confrontación o de una agresión entre o contra otros que no se identifican con mi posición o no la aceptan en un tiempo dado. La violencia, como un fenómeno, se trata de un evento social que aparece en el escenario de la vida en comunidad en un espacio y tiempo concreto. Comprender como se estructura, al mismo tiempo que dimensionar la magnitud de su acción, requiere hacer explícitos los elementos

que la generan como fenómeno de análisis social.

La paz, surgida como necesidad apremiante para eliminar la violencia de la condición actual, es un constructo social, se trata de un imaginario simbólico más que de una realidad absoluta. En este sentido, cada sociedad es la encargada de establecer qué quiere que sea la paz de la cual habla; cada grupo humano, en últimas, define explícita y/o tácitamente qué es lo que entiende o desea por paz. En Colombia se ha dado en llamar paz la intención de anular cualquier tipo de conflicto como un ideal que consistiría en la comprensión absoluta de y entre todos y cada uno de los actores sociales que conforman hoy el país. La paz en estos términos, ha venido siendo idealizada a través de elementos simbólicos (ejemplo: la paloma de la paz), desconociéndose entonces, como lo dijimos en apartes previos, que cada individuo y cada grupo de individuos que se identifican entre sí o que tienen identidades propias, se relacionan con sus similares a partir de sus diferencias. La paz solamente se puede construir desde el reconocimiento de cada unidad social como particular. La tolerancia activa, aquella que permite construir sobre la dinámica de la acción, se hace necesaria para la expresión de cada uno de los llamados actores sociales que hacen parte del mapa actual del país. La

paz, de la que tanto se habla hoy en día requiere, en últimas, el reconocimiento de las identidades de los grupos enfrentados: sus diferencias individuales y aquellas particularidades que identifican a los sujetos como tales y a grupos de interés (poderosos o no) dentro del espacio social amplio.

## Conclusión

En una sociedad que dejó de ser el conglomerado de aldeas cohesionadas de hace mucho tiempo, que no acepta las normas y leyes y que ha tenido dificultades enormes para reconstruir referentes nacionales y consensos fuertes, no es raro encontrarse con la proliferación de grupos de justicia privada, autodefensa barrial y paramilitares. Las diferentes posiciones que en el país se enfrentan, son verdades en competencia a las cuales cada grupo se aferra sin ponerse a pensar que tienen de trasfondo la misma ideología guerrillera e insegura y un imaginario de intolerancia similar. Para lograr la paz no basta con los discursos simplificados que por un lado idealizan la paz como la ausencia de peleas o de balas y que, por otro, plantean la desmovilización y el aniquilamiento de los violentos como la solución para el país. La paz es precisamente una construcción en la que se discute esa búsqueda afanosa de reconocimiento e

identidad de cada una de las partes y donde se mira cuál es el sentido cultural y social de las diferentes luchas. Es necesario deshacernos de las verdades absolutas que no son otra cosa que signos de inseguridad y entrar a formar parte de una comunidad fuerte capaz de negociar sus diferencias.



## Bibliografía

- BERKOWITZ, Leonard. *Is Something Missing? Some Observations Promised by the Cognitive-neoassociationist View of Anger and Emotional Agression*. En: Huesmann, L. Rowell (ed). *Aggressive Behavior: Current Perspectives*. New York London: Plenum Press, 1994.
- BOHANNAN, Paul. *Law and Warfare*. The Natural History Press, 1967.
- DAMATTA, Roberto. *Conta de Mentiroso. Sete ensaios de antropologia brasileira*. Rio de Janeiro: Rocco, 1993.
- FROMM, Erich. *Anatomía de la destructividad Humana*. México: Siglo XXI Editores, 1975.
- GONZALEZ, Fernán. *Espacio público y violencias privadas*. Memorias del simposio *Conflicto social en América Latina*. VI Congreso de Antropología en Colombia, Bogotá, 1993.
- GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad, 1994.
- HEELAS, Paul. *Anthropological Perspectives on Violence: Universals and Particulars*, *Zygon*, vol.18, December 1983.
- JIMENO, Myriam, ROLDAN, Ismael y otros. *Las sombras arbitrarias: violencia y autoridad en Colombia*. Santafé de Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1996.
- LASH, Scott y FRIEDMAN Jonathan. *Introduction: subjectivity and modernity. Modernity and Identity*. Blackwell, 1992.
- MUÑOZ MUÑOZ, Jairo. *Antropología Cultural Colombiana*. Bogotá: Unisur, 1990.
- REISS, Albert and ROTH, Jeffrey A. *Understanding and Preventing Violence*. Washintong D.C.: National Academy Press, 1993.
- SPILLMANN, Kurt y SPILLMANN, Kati. *La imagen del enemigo y la escalada de los conflictos*. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* n° 127, marzo de 1991.